

todos juntos, pueda el sacerdote de Jesucristo administraros la santísima Eucaristía. Por lo demás, si alguno tiene hambre, de tal modo que no pueda esperar la hora de la Comunión, por haber de estar en ayunas, coma de los manjares comunes en casa, con objeto de que vuestras juntas introducidas en la Iglesia de Dios para aumentar la caridad, no se conviertan en medio de labrar vuestra condenación eterna.



CAPÍTULO XXXIV

La suavidad y dulzura de la Eucaristía declaradas por los Apóstoles

No hay cosa más detestable en un discípulo de Jesucristo, que condescender con los impíos en asuntos vituperables. Hay católicos, aun de costumbres morigeradas, que bien por conservar profanas amistades, bien por negocios seculares, por asuntos de familia, por languidez de espíritu, ó, finalmente, por dejarse llevar de la corriente de los de su condición ó clase, tienen el atrevimiento de asistir á espectáculos antirreligiosos, no se desdeñan de calumniar cuando se calumnia, ó de apoyar con su silencio á los detractores, y por un maldito *qué dirán* no se descubren al paso del sacerdote ó de la procesión religiosa, fomentando con su perverso ejemplo el enorme escándalo social de nuestros días. Á semejantes católicos detesta Dios en sumo grado; porque escrito está, (1) «El que me negare delante de los hombres, lo negaré yo también delante de mi Padre que está en los cielos». Ahora bien: semejantes acciones y omisiones no son otra cosa en realidad que negar prácticamente á Jesucristo. Digo esto, para responder á semejantes cristianos con S. Pablo, quien escribiendo á los corintios, les

(1) Qui autem negaverit me coram hominibus, negabo et ego eum coram Patre meo qui in caelis est. Math. X. 33.

reprendía severamente, porque algunos de éstos asistían á los convites de los gentiles, con peligro próximo de adorar los ídolos; y tal vez, algunos por cobardía ó respeto humano los adorasen en realidad.

No os hagáis ídólatras, dice, como algunos de los judíos se hicieron, conforme está escrito: Se sentó el pueblo á comer y á beber, y se levantaron á jugar, es decir, á festejar el ídolo que habían adorado. No fornicuéis como algunos de ellos fornicaron, y murieron en un día veintitrés mil.... No murmuréis, como algunos de ellos murmuraron y les mató el ángel exterminador... Huid de los ídolos. ¿Por qué, santo Apóstol? Porque las cosas que sacrifican los gentiles, las sacrifican á los demonios y no á Dios. Y no quiero yo que vosotros tengáis sociedad con los demonios; (1) porque no podéis beber el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios. No podéis ser participantes de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios. Expongamos éstos bellos versículos. Los católicos que he mencionado sacrifican incienso á los demonios y no á Dios; porque así como el acto de idolatría consiste en negar á Dios el culto absoluto de *latría* debido á Él solo, y darlo al ídolo á quien se sacrifica, así éstos con su proceder escandaloso niegan á Dios el culto que le es debido y lo tributan á sus infames pasiones. Por consiguiente se les debe advertir con el Apóstol: «No podéis ser participantes de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios». Se trata de la Mesa eucarística, en atención á lo cual dice Lira: (2) «No podéis participar de este Sacramento, por el aumento de gracia que es su efecto, y al mismo tiempo tener participación de la de los demonios que engendra el pecado mortal. No: ó habéis de participar de una ó de otra; porque la gracia santificante no puede estar á un mismo tiempo con el pecado de muerte; asimismo: No podéis beber el cáliz del Señor ni el cáliz de

(1) Non potestis calicem Domini bibere, et calicem dæmoniorum. Non potestis mensæ Domini participes esse, et mensæ dæmoniorum. I. Cor. X, vv. 20, 21.

(2) Postill. in loc. cit.

los demonios, porque para beber del primero se necesita tener gran limpieza de conciencia, de la cual, vosotros carecéis. Y si vuestra insolencia llegare al extremo de beber del cáliz del Señor, en ese estado en que permanecéis, en vez de uniros con Cristo, os uniríais más estrechamente con el demonio. Mediten, pues, seriamente las palabras del Apóstol aquellos católicos que presumen agrandar á Dios sin dejar de complacer al mundo en las cosas que son contrarias á su ley santa; y si no se resolvieren á abandonar los lazos del siglo, en los que el espíritu diabólico les tiene enredados, aquí les ofrezco un versito apropiado que nos legaron los antiguos.

«La una parte toma el mundo

La otra no la quiere Dios,

Porque el corazón á un tiempo

No puede ser de los dos.»

Mas, prosiguiendo nuestro asunto, los apóstoles nos animan á recibir la santa Eucaristía. *Como niños recién nacidos*, dice S. Pedro (1), *codiciad la leche racional y sin dolo, mediante la cual crece el cristiano en la salud del alma?* Algunos santos Padres con S. Agustín refieren la *leche racional* á la palabra de Dios; pero otros muchos con S. Clemente Alejandrino, aseguran que es la Eucaristía; lo cual no carece de fundamento, por dos razones. 1.^a Porque en los primitivos tiempos de la Iglesia (y todavía se conserva entre los griegos) se administraba este Santísimo Sacramento después de la Confirmación por cuya causa, usando S. Pedro del símil de los niños que apetecen su natural comida, dice: «Como niños recién nacidos, codiciad la leche racional, y sin dolo»; porque á la manera que los niños apetecen la rica leche de sus madres, así amonesta á los nuevos cristianos, que deseen con vivas ansias la leche racional que es la Eucaristía, verdadero alimento del alma por antonomasia; por eso dice *sin dolo*, porque el Pan que bajó del cielo no puede engañarnos, ni llevar engaño, y añade

(1) Sicut modo geniti infantes, rationabile, sine dolo lac concupiscite, ut in eo crescatis in salutem. I. Petr. II. 2.

también, *para que con ella crezcáis en salud*, porque la Eucaristía es la que nos hace adelantar en las virtudes. La 2.^a razón, se desprende de las palabras siguientes de San Pedro: (1) *Si es caso que habéis gustado, cuán dulce es el Señor*, que se da á gustar mayormente en la Eucaristía, según lo que canta la Iglesia en la festividad del Corpus, y es del salmo: «Les diste pan del cielo, que contiene en sí todas las delicias». El Apóstol, por las sobredichas palabras quiere significar, que si no hemos gustado aún de la Eucaristía, la codiciemos en lo sucesivo para sostenernos y crecer en la perfección cristiana; mas si la hemos gustado y saboreado detenidamente, por especial favor de Nuestro Señor, esto mismo hará que la codiciemos más y más, pues quien ha llegado á gustar una vez las delicias del Sacramento, no puede reposar hasta gustarlo de nuevo.

Con objeto de que nuestro espíritu se mueva á desearla, advierte S. Juan en el Apocalipsis: (2) *Al vencedor daré un maná escondido que nadie sabe sino el que le recibe*. Estas hermosas palabras se sobrentienden de dos maneras: 1.^a Que Jesucristo dará este maná, 2.^a que lo dará en la eternidad. Se sobrentiende que lo ha de dar en el tiempo, porque todo aquél que se venciere á sí mismo, refrenando sus pasiones, y venciere al demonio, no dando oídos á sus sugerencias, y al mundo, no siguiendo sus consejos, le dará Jesucristo en la presente vida el maná escondido que es la Eucaristía, que nadie sabe sino el que lo recibe; porque nadie conoce el deleite del Señor sino el que lo gusta.

Por el mismo texto apocalíptico se declara que semejantes frases denotan á la Eucaristía; porque el maná escondido en las sagradas Escrituras es Jesucristo sacramentado; lo cual se demuestra por varias razones. 1.^a, porque el maná simboliza perfectamente la Eucaristía; 2.^a, por el apelativo que tiene este maná; á saber: *escondido*, ya que el único

(1) Si tamen gustatis quoniam dulcis est Dominus. I. Petr. II, 3.

(2) Vincenti dabo manna absconditum, qui nemo scit, nisi qui accipit. Apoc. II, 17.

maná que está escondido á la vista de los sentidos externos, es Cristo Sacramentado; y 3.^a, por las palabras de Jesucristo, quien al declarar á los judíos que sus padres no habían comido el verdadero maná del desierto, les dijo: «En verdad, en verdad os digo, que no os dió Moisés pan del cielo, etc.» Por esto añade Nicolás de Lira: (1) «Éste es el maná celestial que reanima interior y exteriormente á los bienaventurados, el cual se dice que está escondido á los hombres de la vida presente según aquello del Salmo: ¡Cuán grande es, Señor, la multitud de tu dulzura que escondiste á los que te temen! «Al que venciere pues en este mundo, le dará el Señor el preciosísimo y escondido maná de la Eucaristía, en el cual hallará las dulzuras inefables de los bienaventurados».

No debo concluir este capítulo sin transcribir y comentar las palabras del Salvador reveladas al apóstol S. Juan, por las cuales podremos formarnos alguna idea del afecto que el Señor nos profesa. Son estas: (2) *He aquí que estoy á la puerta y llamo; si alguno oyere mi voz y me abriere la puerta, entraré á él y cenaré con él y él conmigo*. El sentido literal de estas tiernas expresiones es, que Jesucristo llama á la puerta de nuestro corazón, por medio de los predicadores evangélicos, por el ejemplo de los buenos cristianos, por la lectura de buenos libros, por los remordimientos de la propia conciencia y principalmente por los fuertes gritos que su divina gracia da en lo interior del alma. Llama, para morar en ella por su gracia. Cenar con el alma y ésta con Jesucristo, significa que Jesucristo Nuestro Señor se deleita con el hombre contrito y humillado, y á su vez éste se deleita con Jesucristo. Mas el sentido espiritual de las referidas palabras, es, siguiendo á S. Alfonso de Ligorio, que nuestro amoroso Jesús Sacramentado, deseando con tanto ardor

(1) Postill. in Apoc. II.

(2) Ecce sto ad ostium, et pulso: si quis audierit vocem meam, et aperuerit mihi januam, intrabo ad illum, et cænabo cum illo, et ipse mecum. Apoc. 3, 20.

unirse á nosotros, mediante la recepción de su Carne y Sangre, da fuertes aldabadas á la puerta de nuestros corazones, con el fin de que se los abramos, y así pueda cenar místicamente con nosotros y nosotros con Él. ¡Bendigámosle por tan inmerecida fineza!



CAPÍTULO XXXV

La Eucaristía y los Santos Padres

Autoridades de los Padres que existieron en los tres primeros siglos de la Iglesia

Los Santos Padres!! ¡Qué prueba tan sólida de los dogmas de nuestra Religión! Si pretendiéramos elogiar el celo, la santidad, la sabiduría y la doctrina de los santos Padres, nos veríamos precisados á abandonar el pobre trabajo que tenemos entre manos. Ellos son el órgano sonoro de la tradición eclesiástica sin nota alguna discordante; son los fuertes eslabones que, perfectamente unidos, forman esa larga cadena que empieza en Jesucristo y termina en San Bernardo; son los fieles transmisores de las santas costumbres de nuestros mayores; son finalmente, el eco fiel del Divino Salvador. Cada santo Padre, á la verdad, poseyendo su especial estilo en su composición, hermosea la unidad de la Iglesia en sus dogmas, haciéndolos gustosos á los entendimientos. ¿Qué diremos del apologista Justino, del acérrimo Atanasio, del valeroso Hilario, del elocuente Crisóstomo, del fortísimo Jerónimo, del sabio Agustino, del vigilantísimo Damiano y del melífluo Bernardo? ¿Qué luz no difundieron á los hombres con su doctrina? ¿qué buen ejemplo no esparcieron con la santidad de sus vidas? Estrellas lucidísimas, colocadas en el firmamento de la Iglesia, pre-